

Loredana Limone

Un lugar afortunado

Traducción del italiano de
Teresa Clavel

alevosía 

A mi madre, a su alegría

Mariolina y Marietta

—¡No!

Perplejidad. Desaprobación. Asombro.

Indiferentemente, cualquiera de estas sensaciones —o bien las tres a la vez— aparecían en los pocos que, al pasar por allí, veían a los obreros trabajando. Sin embargo, aunque en Borgo Propizio no sucedía nunca nada nuevo, el hecho no despertó una especial curiosidad entre sus habitantes. Más bien se generalizó cierto distanciamiento o, para ser más precisos, se levantó un muro de frialdad en torno a este hecho novedoso. Quien hubiera querido podría haberse enterado de que en realidad no eran obreros, sino uno solo, un único obrero. Uno que, no obstante, reunía en su persona los conocimientos de la albañilería, el pavimentado y alicatado, la carpintería, la fontanería y la pintura. Pero eso, en parte a causa del papel de periódico que ocultaba el interior, los escasos transeúntes no podían imaginarlo.

La única que sabía algo sobre el futuro del inmueble era Mariolina, responsable y, tras varias jubilaciones sucesivas, único miembro del departamento de tributos del ayuntamiento. Educada en los severos dogmas de la deontología profesional, se habría cortado la lengua antes que revelar a nadie el destino del negocio. Y precisamente de ese negocio, además. ¡Ni loca!

Excepción hecha, como es natural, de Marietta, la hermana con quien lo compartía todo, empezando por la vieja casa natal.

Ambas habían perdido en su juventud un tren, o quizá ni siquiera lo habían visto pasar.

Y no es que fueran feas, aunque físicamente estaban en las antípodas la una de la otra. Como su padre, de piel, cabellos y ojos claros y facciones delicadas, era Mariolina, la mayor; morena, de ojos almendrados y rasgos marcados, como su madre, Marietta, la menor. Menuda la una; corpulenta la otra.

Gracias a (sería mejor decir por culpa de) las abuelas —Maria Angela Onorata, la materna; Maria Nora Ermelinda, la paterna—, a las dos hermanas les habían puesto el nombre de Maria, con el añadido, dada la pasión de su adorada madre por las flores, de un segundo nombre floral: Viola para la primera y Dalia para la segunda. Así pues, Maria Viola y Maria Dalia, nombres por los que nunca las llamaron.

La diferencia de edad entre las dos hermanas era de nueve meses clavados. No por casualidad, sino por las imperiosas e imposterables exigencias físicas del padre, a quien la madre había tenido que someterse pese a tener las partes íntimas doloridas debido al corte del primer parto. La posibilidad de que él se fuera, esgrimida con mucha frecuencia, la aterrizzaba.

De todas formas, Mariolina y Marietta fueron abandonadas de improviso, en el umbral de la pubertad, por su inmaduro e impestuoso progenitor, que salió volando tras una seductora vampiresa, la enésima de su colección.

Aunque eran solo dos niñas, desde aquel momento invirtieron los papeles y se hicieron cargo de su madre con la esporádica supervisión de las abuelas, incluida la paterna, que se sentía un poco culpable.

Como consecuencia de la humillación y la vergüenza, atónita por haber sido abandonada aun habiendo soportado el papel de mingitorio y de cornuda en progresión geométrica, la pobrecilla, profundamente deprimida, se metió en el extálamo nupcial, donde se fue deshojando capa tras capa, como una cebolla. No salió hasta veinte años después, dentro de un féretro cubierto de dalias multicolores y pensamientos blancos, con motivo del viaje

final hacia el paraíso. Sí, sin duda al paraíso. Mariolina y Marietta estaban más que seguras.

La madre había transmitido grandes valores a las hijas. El primero de todos, la virginidad. Después, la honradez, el sentido de la limpieza y el del deber. Y el respeto a los diez mandamientos (había dudas sobre si, en lo tocante al cuarto, debían honrar a ambos progenitores o el padre quedaba excluido, pero no importaba mucho porque, total, no se sabía qué había sido de él). El honor, el decoro, la pureza y la moralidad estaban por encima de todo, repetía siempre. Y el matrimonio no era sino un gran engaño. No tenía nada más que enseñar a sus niñas, las cuales se habían adaptado tan bien que, a la edad de cuarenta y cinco y cuarenta y seis años respectivamente, seguían estando como ella las había hecho.

Consintientes o renuentes; más aún, consintientes o dolientes. Marietta no tanto, pero Mariolina era bastante renuente y tirando a doliente, y sin duda se habría rebelado si el miedo a causarle otra conmoción a su madre no la hubiera paralizado. Esto, sin embargo, hizo crecer en su interior un reprimido deseo de embriaguez sexual.

A diferencia de Mariolina —que con el diploma obtenido en el instituto técnico femenino había encontrado un empleo en el ayuntamiento, donde había recorrido todo el escalafón mientras soportaba codazos a diestro y siniestro—, Marietta trabajaba en casa. Hacía ganchillo. Herencia de una de las abuelas, la materna, que le había enseñado el arte y sugerido que lo que lo reservara para la vejez. La jovencita, en cambio, le había cogido gusto y, en vista de que se le daba bien (mientras que para los estudios era negada, pues a duras penas, y gracias a la compasión de los profesores, había obtenido el certificado escolar a los quince años), había empezado a hacer pañitos que regalaba, en muestra de agradecimiento, a todas las señoras que iban a visitar a su deprimida madre para tratar, en vano, de levantarle los ánimos.

En vano, sí. La pobrecilla se hallaba en un estado tal de aflicción que todo era inútil. Pero el placer de que les ofrecieran un

buen té aromático o una humeante taza de chocolate con nata acompañados de sabrosas galletas de pastaflora o una porción de esponjoso bizcocho casero, unido a la posibilidad de agenciarse un pañito hecho a mano —a elegir entre blanco, rosa o crudo—, «de los que ya no se encuentran, querida Marietta», empujaba a las señoras del pueblo a hacer de manera sistemática la obligada visita.

Lo que transformó las labores de ganchillo en una auténtica ocupación fue el inesperado encargo, a cambio del correspondiente pago, de una mantita para cuna que una señora pudiente que iba a ser abuela le pidió para su futura nietecita. Marietta, inconsciente del valor de lo que se le había encargado, no quería aceptar compensación alguna. Para ella habría bastado con que la señora le hubiese llevado el perlé. Pero la clienta (¡qué rara sonaba esa palabra!) no solo pagó generosamente —o quizá apenas lo justo—, sino que le consiguió otros encargos de amigas que vivían fuera del pueblo. En poco tiempo se corrió la voz y Marietta, aunque era muy rápida y estaba dotada de una extraordinaria habilidad, casi no daba abasto. Colchas, fundas de cojín, toallas, bomboneras, chales, mañanitas, cortinas e incluso elegantes agarradores de tetera eran los artículos en los que trabajaba en la penumbra del dormitorio materno, junto a la cabecera de la cada vez más inconsolable enferma, sentada en una silla de rejilla que había conocido tiempos mejores. Infinitamente mejores.

Se expusieron diversas creaciones de Marietta en los escaparates del prestigioso establecimiento Hilos Mágicos Desde 1888, situado en el paseo principal de la vecina capital. En una ocasión incluso le ofreció trabajo un diseñador, uno de renombre, pero quería tenerla fija en su taller y ella, que habría tenido que mudarse lejos, había rechazado la oferta. No solo porque su madre aún vivía (se fue justo al mes siguiente), sino porque tampoco habría dejado jamás a su querida hermana, la vieja casa y el pueblo donde había nacido y crecido.

Y donde estaba envejeciendo.

Por desgracia, después de las vacas gordas siempre vienen las flacas, y con los años los encargos de labores de ganchillo, piezas únicas hechas a mano, disminuyeron. En los ajuares ya no tenían cabida estos trabajos manuales, porque las jóvenes esposas preferían modernas prendas de colores que se pudieran meter en la lavadora y, si era posible, no requiriesen planchado; en lugar de las bomboneras para bautizos, bodas y comuniones, se escogían objetos a menudo inútiles en las tiendas de los numerosos centros comerciales que habían surgido por todas partes como setas. Venenosas, eso sí.

Había desaparecido —o al menos estaba cada vez más en declive— la generación de los amantes de la tradición. El progreso, monstruo ávido, se lo estaba comiendo todo. Abundaban, además, los productos considerablemente más baratos de China, cuya población se temía que invadiera todo el mundo. Lo decían también en televisión, que Marietta seguía con fidelidad.

Por eso, cuando Mariolina, confiando en la discreción de su hermana, la informó del asunto del negocio, Marietta manifestó su asombro.

—¡No! —exclamó antes de ponerse a rumiar para sus adentros mientras trataba de no perder los puntos de un crucial nudo de amor para una cortina que sería imposible no admirar en el escaparate de Hilos Mágicos Desde 1888 y que a buen seguro le haría recibir nuevos encargos.

Ah, si las cosas hubieran ido de otro modo, si mamá no hubiese caído enferma, si se estimulara el turismo, si la coyuntura económica (quizá eso no tenía nada que ver, pero lo había oído en la televisión y le parecía que quedaba bien)... Si esto, si lo otro, si lo de más allá, habría podido dar ella ese paso. Quizá solo habría hecho falta un poco de valor. Y un pequeño capital, prestado por el banco.

¡Ah, no, el banco no! ¡Ni hablar! ¡Menudos usureros! Hacía poco habían llevado a un pobre hombre al suicidio: le habían quitado hasta la casa. ¡Los bancos no tenían corazón! Más valía no mezclarse con ellos. Claro que... al lado del ayuntamiento, en el

centro del pueblo... De acuerdo, un pueblo en decadencia. No tardaría mucho en convertirse en un pueblo de ancianos, por no decir de viejos. Y de fantasmas.

El apelativo «propicio», por alguna derivación latina, se refería al hecho de que los príncipes que lo habían gobernado con gran fasto durante los siglos pasados, copiando los antiguos usos romanos, consultaban el vuelo de los pájaros antes de emprender alguna acción importante, y la llegada puntual de las aves desde oriente se consideraba propiciatoria. Sin embargo, desde que Marietta guardaba recuerdo, el pueblo era hasta tal punto víctima de la superstición que habría sido mejor llamarlo Borgo Impropizio, o algo peor, si se prefería. Aunque en realidad nada había demostrado que fuera verdad. Algunas coincidencias tal vez. Pero solo si uno quería creer en ellas. Fantasmas...

¡Bah!

En cambio, sus creaciones..., sus criaturas..., todas piezas únicas hechas a mano. Un material precioso.

El refinamiento hecho labor. Nada que ver con la leche y sus derivados.

¡Por favor!